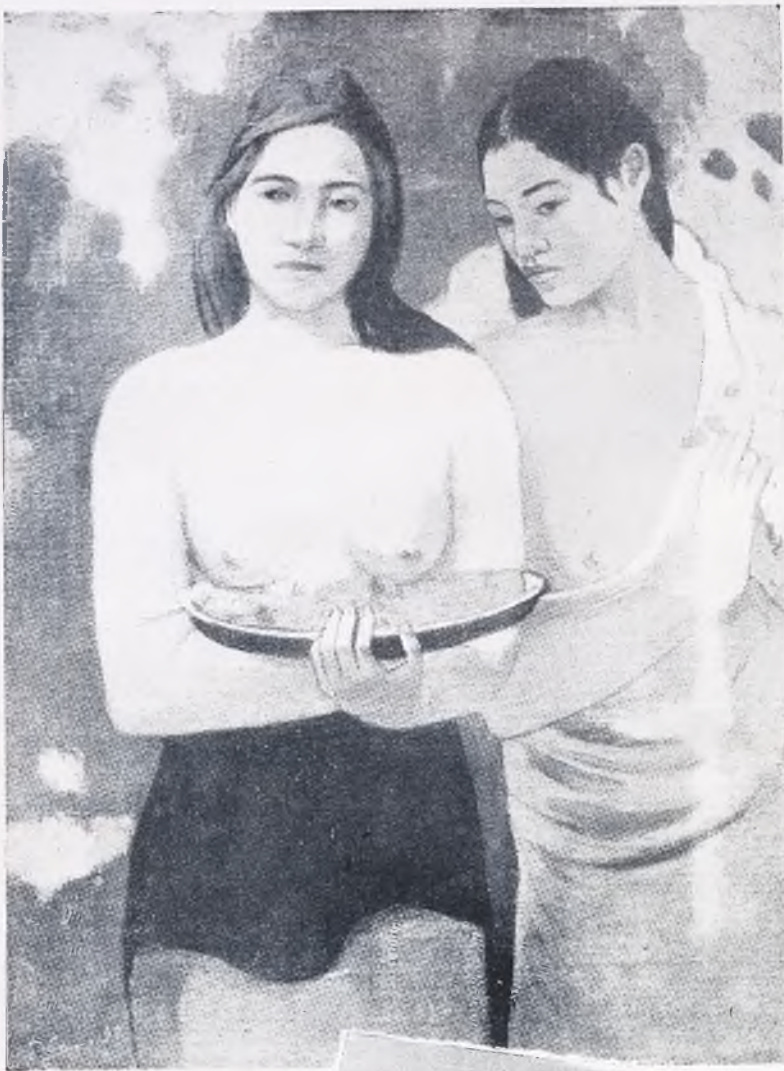


PAUL GAUGUIN



El plato con las flores rojas



GAUGUIN
1848-1903



ATA GAUGUIN
La Vahiné o esposa
de Gauguin en
Tahiti, 1891



Emilio Gauguin, hijo
del artista y de Ata

dice—, por lo que en 1836 retornó a París. Allí se dedicó, no sin algún éxito, a la literatura. Escribió una novela en pro de la emancipación de la mujer: *Menfis, o el proletario*, y un libro de teorías socialistas: *La unión obrera*, donde aconsejaba la federación de los trabajadores. Su actividad socialista, menos teórica que la de otros románticos utopistas, se extendió a la conferencia y al mitin. Todo ello le valió un delicioso epíteto, que algunas criollas envidiarían: la llamaron *la internacional sentimental*. He aquí cómo la juzgó Gauguin: «Una señora un poco estrambótica que se dedicó a la causa obrera. Una sabihonda socialista o anarquista que probablemente no sabía cocinar. Proudhon decía que tenía genio. Lo único que puedo asegurar es que era muy bonita y muy noble.» De esta señora un radical francés escribió a su muerte que, a pesar de su socialismo, «había nacido para ser reina de alguna parte». Gauguin siempre se sintió atraído por su sangre española—hasta los once años no habló otra lengua que la castellana—y por las soleadas tierras peruanas, «donde nunca llueve». Y es de notar aquí que fué precisamente en tierras tropicales—Martinica, Tahití, Marquesas—donde dió sus frutos geniales. He aquí un pequeño cómputo de aquella vida extraordinaria:

Fué Gauguin seminarista, marino mercante, marino de guerra, empleado de Banca, agente de Bolsa.

Y a los veintiséis años, aprendiz de pintor; luego, pintor bohemio, comisionista, emigrante en Oceanía.

Tiró su bienestar—y la paz (!) de su hogar burgués—por su arte, cuya llamada sintió irresistible. El vivió en aquellos años que debieron de ser maravillosos, en que París—y, por tanto, entonces, Europa—era asilo y matriz de hombres que creían en el arte. Fué la gran época de la fe en el arte. Pero aquellos hombres tuvieron, además, el don divino de la creación: la gran novela, la gran pintura, la gran poesía francesa de 1870 a 1900. Casi todos fueron en mayor o menor medida bohemios, porque el mundo burgués de la segunda mitad del XIX no había encontrado la fórmula económica y social para proteger al artista, de por sí desvalido, en la llamada lucha por la vida. De haber nacido en otros tiempos, la Iglesia, el Príncipe o el Mecenas hubieran acogido a esos hombres que se llamaron Van Gogh, Verlaine o Gauguin. Pero no eran ya esos tiempos, y en medio de una lucha económica despiadada, esos hombres no hallaron la Institución que los protegiera. Por eso sus vidas fueron económicamente angustiosas y parecía que no hallaban lugar en la sociedad en que vivían. Y no puede pensarse, ante la muchedumbre de los casos, en meras circunstancias individuales. La bohemia, una cierta bohemia, era impuesta por la sociedad. El tipo del *marchand*, que aun perdura, nos lo dice todo en este aspecto económico de los artistas. Y había también la incomprensión del público. Público que era vulgo, no Príncipe o Mecenas. De todo ello sufrió Gauguin. Y escapó a Tahití. Allí—y en las Marquesas—pintó, no obstante, sus mejores lienzos, que luego en Francia le iba vendiendo su amigo Daniel de Montfried. Allí también, en Tahití, conoció a Ata, su *vahiné* o mujer *mahori*, cuya fotografía, tal como es ahora, cincuenta años después de su boda, nos ha ofrecido una revista americana. Allí, en aquellas islas del Pacífico, murió agotado en su lucha por la belleza, la vida y la justicia. Enfermó a consecuencia de sus disensiones con la Administración francesa, mal representado por injustos funcionarios, el gran pintor Gauguin. En aquellas islas tan bellas, refrigerio a veces del cansado europeo, en las que hoy también retumba el cañón enemigo. (Continúa en la pág. 67)